



«El gringo lenca», del escritor hondureño Arturo Oqueli, es uno de los libros que mayor resonancia han tenido últimamente en Centroamérica. Mezcla de novela y reportaje, escrito en un estilo directo y claro, de gran fuerza narrativa, contiene capítulos que pueden considerarse como unidades independientes. En «El gringo lenca»—que alguna casa norteamericana trata de llevar al «cine»—narra Oqueli el curioso fenómeno de la lluvia de peces, que se produce todos los años, por el mes de junio, en la región de Yoro (Honduras).
 MYNDO HISPANICO, debidamente autorizado por Oqueli, reproduce en estas páginas los sugestivos capítulos que describen la famosa lluvia de peces.

LLUVIA DE PECES

—Buenos días o buenas tardes, Mr. Garvo.

—Muy bien, señor Candil; son las doce y segundos, hora del aperitivo. ¿Qué tal ese cuerpo? ¿Cómo amaneció del desvelo?

—No existen desvelos con gratas compañías y bellas narraciones.

—A propósito. Ordenando viejos papeles me encontré con una carta de Mr. Stanley, amigo estimadísimo de Alabama, Estados Unidos, quien estaba muy interesado por saber algo sobre las peculiaridades de Honduras.

Yo contesté detallándole a grandes rasgos lo que juzgué más interesante de los pueblos.

Parece que lo referente a Yoro despertó tanto interés que se lo referiré más adelante.

Entre otras cosas dije que Yoro es un departamento de muchísima importancia, enclavado en el corazón de la república, teniendo por capital la ciudad del mismo nombre.

Sus laboriosos habitantes—agregué—se dedican a la cría de ganado caballar, bovino, mular, cultivo de cereales y banano en gran escala, cortes de maderas y exportación de antimonio. Pero Yoro—concluí—tiene entre los hondureños mucha propaganda,

no tanto por su riqueza agrícola o pecuaria, sino por su famosa LLUVIA DE PECES y su SANTO SUBIRANA.

La lluvia es un fenómeno que hace siglos se viene registrando, sin que hasta la fecha se hayan averiguado sus causas.

En los suburbios de la ciudad tiene lugar todos los años el trece de junio.

Por lo regular, la fecha es periódica, salvo en casos excepcionales, de llover peces dos veces consecutivas en el lapso de veinticuatro horas, hay tal vez retraso o adelanto de días u horas, pero el suceso es infalible.

En la antigüedad las tribus a este fenómeno le concedieron poca importancia.

Apenas hace un cuarto de siglo que los extranjeros, influenciados por los relatos de los nativos, han hecho viajes expresos con el propósito de presenciar una de las maravillas más extraordinarias del mundo.

La lluvia de peces en la presente fecha no despierta ninguna novedad. Es tan común, tan familiarizada con la idiosincrasia nacional, que los periódicos le conceden reducido espacio.

Hasta aquí mis letras al amigo Stanley, sin sospechar que proporcionarían base a una importante decisión en el exterior, como detallaré los pormenores que tengo presentes.

VISITA INESPERADA

—Tal vez, amigo Candil, por conocer la vida del país en todas sus actividades, una tarde llegó a mi oficina Mr. F. B. Drake acompañado de su bella esposa.

El señor Stanley me recomendaba de manera especial el matrimonio, dándome las mejores referencias.

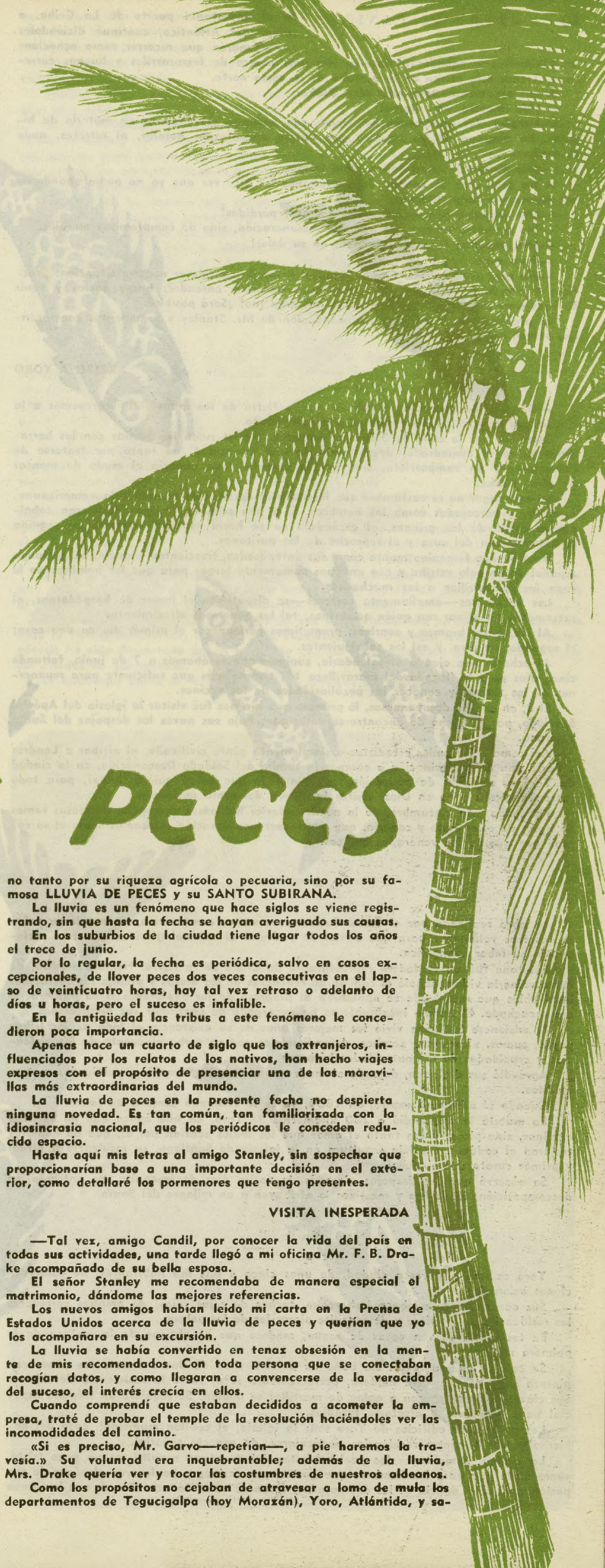
Los nuevos amigos habían leído mi carta en la Prensa de Estados Unidos acerca de la lluvia de peces y querían que yo los acompañara en su excursión.

La lluvia se había convertido en tenaz obsesión en la mente de mis recomendados. Con toda persona que se conectaban recogían datos, y como llegaron a convencerse de la veracidad del suceso, el interés crecía en ellos.

Cuando comprendí que estaban decididos a acometer la empresa, traté de probar el temple de la resolución haciéndoles ver las incomodidades del camino.

«Si es preciso, Mr. Garvo—repetían—, a pie haremos la travesía.» Su voluntad era inquebrantable; además de la lluvia, Mrs. Drake quería ver y tocar las costumbres de nuestros aldeanos.

Como los propósitos no cejaban de atravesar a lomo de mula los departamentos de Tegucigalpa (hoy Morazán), Yoro, Atlántida, y sa-



lir al importante puerto de La Ceiba, a orillas del Atlántico, continué diciéndoles —Tendrán que recorrer como ochocientos

kilómetros a caballo; el interior del país carece de ferrocarriles y buenas carreteras. Trenes sólo corren en la pestaña de la costa norte.

A mis argumentos respondía Mrs. Drake:

—¡No importa, Mr. Garvo!

—Ustedes, los americanos del Norte, son bastante escrupulosos en materia de higiene. En ninguno de los pueblos que visiten encontrarán hoteles, ni retretes, nada de confort.

—¡No importa!—martillaban a un tiempo.

A los ocho días de cambio de impresiones les hice ver que yo no podía abandonar mis tareas por largo tiempo.

—¡No importa; le pagaremos sus gastos y pérdidas!

—No se trata, señores, de ninguna remuneración, sino de compromisos morales.

—¡No importa; le acompañaremos en su dolor!

—Pero vean...

—No más excusas, Mr. Garvo. Haga el favor de considerar nuestra situación: practicar y estudiar el suficiente español para hacernos entender; hacer gastos y venir de lejos a su tierra sólo para que usted nos diga ¡no! ¿Será posible?

En presencia de la especial recomendación de Mr. Stanley y argumentos convincentes, resolví acompañarlos.

ARRIBO A YORO

—Después de doce días a caballo por la tierra de las maravillas, ingresamos a la ciudad que lleva el mismo nombre del departamento.

Entramos por la calle de Santiago, haciendo mucho ruido las bestias con las herraduras sobre el empedrado, despertando natural curiosidad, no tanto por tratarse de extranjeros y un compatriota, sino por la atención que mereció el modo de montar de Mrs. Drake.

En este lugar no es costumbre que las mujeres apreciables monten a la «americana», es decir, a horcajadas como los hombres. Si a una señorita del país la vieran cabalgar al estilo de las gringas, el escándalo no se haría esperar, viniendo en seguida la descomunión del cura y el reproche de las puritanas.

Aquí el sexo femenino monta como sus antepasadas, trescientos años ha, en galápagos español de un solo estribo y con enaguas sumamente largas para que los hombres no le vean las pantorrillas a las muchachas.

Los habitantes—ampliamente corteses—se disputaban el honor de hospedarnos, al extremo de no atinar con quién quedarnos; tal los generosos ofrecimientos.

Al fin, entre bromas y sonrisas, prometimos permanecer el primer día en una casa; el segundo, en otra, y así los subsiguientes.

Al echarle una ojeada al calendario, supimos que estábamos a 7 de junio, faltando cinco días para la llegada del maravilloso 13, tiempo más que suficiente para reponernos de las fatigas y conocer las peculiaridades de los vecinos.

El 8, en cuanto desayunamos, lo primero que hicimos fué visitar la iglesia del Apóstol Santiago, por el hecho de encontrarse enterrados bajo sus naves los despojos del Santo Subirana.

Así como los grandes estadistas o simplemente gente civilizada, al arribar a Londres o París, van en peregrinación a coronar la tumba del Soldado Desconocido, en la ciudad de Yoro es cuestión de educación, cortesía o lo que usted quiera llamar, para todo extranjero, crea o no en Dios, visitar la tumba del santo misionero.

Previendo esta costumbre, ya la noche anterior habíamos encargado hermosos ramos de flores de color tinto y canario, que con respetuosa devoción colocamos sobre el sarcófago que guarda las veneradas cenizas.

☆ ☆ ☆

La obra realizada por el Santo Subirana es vasta, constructiva; se requieren volúmenes tras volúmenes para que sirvan de pedestal al mármol glorioso que está reclamando su labor evangélica.

Subirana fué un verdadero representante de Cristo en la tierra. Hombre erudito, de extraordinaria visión, señaló el camino de redención de las masas y predijo los obstáculos insalvables que más tarde se opondrían al progreso de los explotados si su palabra no era escuchada. El tiempo inexorable se ha encargado de confirmar sus predicciones.

El misionero Subirana vivió los mejores años de su existencia al lado de las tribus payas, sumos, xicaques y zambos, defendiéndolas con su verbo elocuente de las violencias y crueldades de las autoridades bárbaras.

Aprendió sus dialectos, dejando al morir varios trabajos científicos publicados y otros inéditos.

Cuando el misionero expiró, en 1864, ya se le veneraba como a un santo.

La muerte le sorprendió a 200 kilómetros de Yoro, en una época que no existían caminos, sino picas, y era tanto el amor que los indios sentían por él, que en hombros trajeron el cadáver, dándole sepultura en la iglesia de Santiago, su residencia habitual y primer curato que sirviera.

Se observó que los despojos, después de varios días de insepulto, no entraron en descomposición; los indios y mestizos lo atribuyen a un milagro del Santo.

☆ ☆ ☆

Yoro es una pintoresca ciudad, de unos cinco o seis mil habitantes, de construcciones coloniales.

Sus casas son de adobe o bahareque, techos de tejas rojas; de amplios corredores las residencias de los ricos y de sencillos aleros las de los pobres.

En las orillas se ven casas de tagua, madera que se obtiene de la corteza de la palmera real.

Se calcula que la tagua sin baño de pintura sirve de dos a trescientos años; con pintura sería eterna. Esta madera, perfectamente seca, tiene la resistencia del hierro. Los clavos no la traspasan a golpe de martillo; se doblan. Se requiere un trépano especial para horadarla y ajustarle tornillos.

Los principales edificios de Yoro son: la iglesia, el cabildo municipal, casa del gobierno y tres o cuatro residencias particulares, de aspecto señorial.

La ciudad, como todos los pueblos faltos del mundano espíritu, es un poco triste, sumamente gris para los hombres que gustan por casinos y boulevars alardear de sus pasiones. El cine, delicia de los enamorados, entonces no se conocía. Eso sí, que la franca

alegría que les es natural lo allana todo al proponerse hacerle grata la estancia a los extranjeros.

Después de haber salido de la iglesia, nuestra segunda visita de ordenanza fué El Pantano, sitio donde la tormenta descarga los peces.

Preguntamos por qué le llaman El Pantano a una llanura seca, carente de fango, ligeramente húmeda por el césped.

Los amigos no supieron aclarar nuestro interrogación en vista de la serie de leyendas contradictorias, al extremo de afirmar por haber caído hace siglos un lagarto.

El Pantano es una amplia sabana que se encuentra al suroeste de la población, con espacio suficiente como para aterrizaje de aviones.

No muy lejos corre el río Machigua, lugar predilecto para entregarse en plena corriente a las delicias del baño o para días de campo, a la sombra de árboles que bordean las orillas.

Los alrededores de Yoro son sumamente encantadores, tanto por la belleza de sus prados como por las costumbres patriarcales de los campesinos.

En Yoro, los vecinos viven en familia, todo el mundo se trata con afecto, se ayudan y sirven mutuamente sin ningún interés, y a la hora de las dificultades se unen.

Nosotros, a las cuarenta y ocho horas, ya conocíamos desde el más chico al más grande.

Los yoreños con el extranjero son generosos, gente exquisita sin excepción. Cuando al extraño, en forma espontánea, presta su cooperación, no espera recompensa ni la acepta.

Los yoreños, aunque más o menos viven una vida primitiva, no tienen mayores necesidades. La tierra multiplica a tal extremo sus cosechas, que después no saben qué hacer con el exceso por las dificultades que ofrecen los transportes y enorme la distancia de los mercados principales de consumo.

Aquí no se conocen los abonos; la exuberancia de los campos no los necesita.

No hay hoteles, pero el alojamiento gratis sobra. Cada vecino acoge con gusto al viajero.

Tampoco prostibulos o tabernas bochornosas. Solamente pequeñas tiendas de comercio y boticas. En las pulperías venden manteca de cerdo y vegetal y otros artículos del diario consumo; también mofates, alforjas, petates, caítes y variadas cosas fabricadas en el país, como los preciosos sombreros de junco de Santa Bárbara.

☆ ☆ ☆

Los amigos que se disputaban la atención de distraernos con fiestecitas caseras u otras entreteniciones, a menudo nos invitaban a jugar lotería de cartón, damas, ajedrez, «perro» con naipe español, monte y treinta y uno.

Una noche que jugábamos fusilico, en casa de amigas muy gente, conocimos al «doctor» Baraja, famoso médico graduado en la gran Universidad de la naturaleza. Entonces se hablaba prodigios de sus asombrosas curaciones. Era tal su prestigio, que acudían centenares de pacientes de muchas leguas a la redonda a consultar su sabiduría sin importarles las duras jornadas, ya que Baraja vivía en plena selva.

De manera cortés nos invitó el «doctor» a visitarle cuando saliéramos rumbo al Atlántico, atención que agradecemos prometiendo a la vez cumplir sus deseos.

Y así, bajo la más estrecha cordialidad, se fueron deslizado los días, hasta sorprendernos el 12 de junio, vísperas del gran acontecimiento.

Para esta fecha, ya Mrs. Drake había dispuesto invitar a todas sus amistades a un picnic, como una demostración de aprecio y despedida.

Notando que en el recorrido de Tegucigalpa a Yoro muy poco consumimos de los víveres en conserva y la caja de licores casi intacta, Mrs. Drake dispuso terminar con las provisiones en el paseo.

Encargó, además, cuatro terneros asados al estilo criollo y varias gallinas deshuesadas. Café y postre de plátano conservado en su propio jugo.

Es conveniente no confundir el banano con el plátano; éste tiene de ocho a doce pulgadas de largo y es más grueso y nutritivo que aquél. La costa norte está sembrada únicamente de bananales y en el interior se prefiere el plátano llamado macho; cuando está maduro, los campesinos lo introducen en agua de cernada, hirviéndolos unos minutos, y después del baño, guindan los plátanos de un alambre o pita en el sol, por el espacio de un mes, resultando dulce riquísimo llamado plátano pasado, gracias a la acción del sol.

Fué un verdadero banquete al aire libre, presidido por el más sincero buen humor.

En homenaje al matrimonio Drake se pronunciaron cien brindis y cantaron cien tonados, bailándose el «sique», danza con ciertos giros de la machicha brasilera y compases de la cueca boliviana.

El «sique» lo baila una persona, o si se quiere darle mayor despliegue, entonces una pareja, con música autóctona.

Contentos y con los vapores del vino todavía en el seso, regresamos ya de noche.

Después de un baño con agua tibia en la olla del fogón, nos metimos en la cama acariciando la ilusión de levantarnos temprano y gozar de las señales precursoras de la lluvia de peces.

13 DE JUNIO, FECHA DE LA MARAVILLA

Obsesionados con la idea de madrugar a fin de no perder detalles, el número 13 nos revoloteaba en la mente sin permitirnos conciliar el sueño.

Se nos había dicho que la lluvia, en cuestión de fecha, sufría en años inesperados alguna alteración, cayendo un día antes o después, pero el fenómeno siempre se producía.

Naturales conjeturas, sumadas al estado impaciente, contribuyeron la víspera a dormirnos pasada la media noche.

Tendríamos tres o cuatro horas de estar entregados en los brazos de Morfeo, cuando violentamente la criada llamó a la puerta: «¡Señores, levántense!»

Movidos como por resorte eléctrico, medio nos vestimos, saliendo al patio a terminar de arreglarnos. La sirvienta nos recibió con el «buenos días» de ordenanza, y al mismo tiempo, con el índice, señalaba el espacio. ¿Qué hay?—pregunté—. ¿No ven la neblina?—respondió—. ¡Seguro aguacero!

Al quitarnos de los ojos las telarañas del sueño, vimos que la población se encontraba envuelta en una neblina tan espesa, que Mr. Drake dijo no haber contemplado otra semejante en Alabama, su tierra. Parecía talco plomo diluido en el vacío. A un metro no se distinguían las personas ni las cosas.

Ansiosos, dirigimos los pasos hacia la calle; pero temiendo perder el contacto, caminamos uno tras otro—como los chorizos—agarrados de los pretales de los pantalones.

No obstante de llevar Mrs. Drake una lámpara sorda, fué a hurgar el trasero de una vaca, recibiendo fuerte patada.

Como medida prudencial, optamos por regresar a la posada y esperar el avance del día. El reloj marcaba las seis y cuarto.

Nos extrañó que a medida las horas pasaban, la neblina no daba señales de desaparecer.

En los trópicos es muy raro que se prolonguen los días opacos, tal vez por la fuerte irradiación de los rayos solares que a manera de escoba barren las brumas.

La obscuridad poco a poco se tornaba fúnebre, entorpeciendo los quehaceres de hombres y mujeres que se dirigían a su trabajo.

Hasta como a las nueve de la mañana aclaró algo, pero sin verle la cara al rey de los astros.

La mayoría de los habitantes, sin dar importancia al extraordinario fenómeno, repetía: «Señores, hoy llueve.»

☆☆☆

Nos molestaba no encontrar entusiastas con quien cambiar impresiones. La generalidad se mantenía indiferente.

A las diez, de manera precisa, logramos distinguir una nube ligeramente gris sucio al suroeste, señal inequívoca del aguacero.

A las once, la nube se agrandó. Como sombra profundamente ceniza se veía a través de la neblina. Esta fué la única oportunidad de tomar imperfectas fotografías, es decir, borrosas.

A las doce, todos los retazos de nubecillas que vagaban por el espacio se habían replegado a la nube madre, tirando a color de hollín.

A la una de la tarde, el panorama cambió bruscamente. La neblina se tornó más densa, y la nube, como consciente de su poderío, amenazaba con el diluvio.

A esta hora comenzaron a llegar campesinos de los alrededores, alumbrando sus pasos con hachones de ocote.

Unos pasaban directamente a El Pantano y otros se detenían en los corredores de las casas.

A las dos, no obstante la oscuridad, la tormenta se destacó con trazas tenebrosas, diríase un ventisquero de betún. Daba pavor ver la colosal montaña de agua y peces que, cual otra espada de Dámocles, pendía de la gasa de una nube.

A las dos y media se sintió un calor ardentísimo, materialmente imposible de soportar si se hubiera prolongado más de treinta minutos.

A las tres sopló ligero viento y comenzaron a caer las primeras gotas, del tamaño de un peso. Esta particularidad nos llamó la atención. Caían en forma de sordas descargas, dejando impreso en la tierra seca discos parecidos a las monedas de plata.

A las tres y cuarto se escuchó en la lejanía algo así como el disparo de un gigantesco obús que, viniendo del norte, se paraba a mitad del camino, haciendo vibraciones intensísimas, sacudiendo casas y montes, provocando el cacareo de las gallinas, aullido de los perros, relincho de caballos y espanto de los alcaravanes.

Las mujeres—siempre temerosas—invocaban la protección del Santo Subirana, entregándose al rezo y fervorosas oraciones.

La detonación duraría largos, larguísimos segundos, una eternidad. En seguida se desató la horrorosa tempestad, dando la impresión de mano diabólica desfundando el cielo convertido en algiba. No caían gotas de agua, sino chorros, millones de cubetadas, como queriendo ahogar la población; era el océano desbordado.

Nadie asomaba la nariz. Todo el mundo a piedra y lodo permanecía en sus hogares esperando que la naturaleza amainara su furia.

En poco tiempo las corrientes invadieron las casas y las calles quedaron intran-sitables.

☆☆☆

A las cuatro y cuarto, aprovechando relativa calma, pero con el fango sobre las rodillas, salimos resueltos con dirección a El Pantano.

Al llegar, otros más listos nos habían ganado la delantera. Encontramos centenares de campesinos recogiendo pescado en canastos.

La primera impresión recibida al ver el campo cubierto de sardinas fué la de un lago de plata con sus naturales ondulaciones por la masa de peces que pugnaba por brincar.

La masa era compacta, casi sólida, al extremo de parecernos, más peces que agua. Los había de diferentes tamaños. De una, tres, cinco, seis y media pulgadas, escasos de siete.

Un aldeano, al vernos deslumbrados ante la vista de las sardinas, nos aseguró que, en comparación con años anteriores, la «cosecha» resultaba poca, tal vez la tercera parte. No le dimos crédito y nos entregamos a la tarea de escoger los más grandes.

Por estar ensimismados en el mar de carne, de vida palpitante, que parecía increíble, no habíamos reparado en una bandada como de cien mil pájaros que revoloteaban sobre nuestras cabezas, descendiendo los más audaces a recoger su ración.

Estas aves, que saben por instinto la fecha en que se produce el aguacero, acuden todos los años trayendo a sus críos de los rincones del país y posiblemente de las repúblicas vecinas, especialmente de la costa norte de Honduras.

Llegan al banquete en secciones clasificadas. Solamente a la hora del festín no existen categorías: el ave que da material, como la garza, a los cojines mullidos, se confunde con el xopilote plebeyo. Ya en el espacio, se organizan nuevamente y retornan a sus nidos.

Entre aquella enorme nube de picos y plumas logramos distinguir a martín pescador: garzas morenas, rosadas y blancas; piches, patos salvajes, gavilanes, sanatas, clarineros, gaviotas, acatracas y otras que tragan sardinas.

Inquietos de regresar con la oscuridad y chapaleando agua, abandonamos el sitio llevando cada uno su ración, haciendo formal promesa de volver temprano al siguiente día.

☆☆☆

El 14 por la mañana aún la neblina permanecía inalterable; pero así, en medio del fango y dando tropexones, llegamos nuevamente a El Pantano.

Ya no encontramos una sola sardina. Posiblemente las aves y cuadrúpedos habían terminado con el exceso que no quiso la gente. Únicamente una nube de miles de xopilotes hurgoneaban en busca de desperdicios.

Los rastros y pisadas denunciaban la lucha feroz en la disputa del sobrante.

Ahora la pista sí era un verdadero lago de lodo, plumas, estiércol, cerdas de diferentes animales y algunas colas de gato montés.

Al ver aquello desolado, retornamos por la calle Santiago, echando interjecciones a la neblina por no habernos permitido, durante dos días, tomar fotografías aceptables, resultando oscuras, opacas.

Al pasar frente a las puertas y esquinas notamos con suma extrañeza que grupos

de yoreños sostenían animados conciliábulos, al parecer trascendentales. Por primera vez los veíamos inquietos, fuera de sus casillas.

Las personas que encontramos, sin excepción, reflejaban incertidumbre, preocupación en sus semblantes.

Posiblemente, los cuchicheos, no acostumbrados en tal fecha, tenían raíces profundas; algo grave sucedía que ignorábamos.

Al fin, obligados por el espíritu de conservación y saber qué papel jugaríamos en la ola de muerte que todos presentían, nos acercamos al señor alcalde, quien nos informó que las cosas no eran para fallecer antes de tiempo; la alarma provocada nacía de que «todas las características—precursoras de la lluvia—no habían desaparecido, antes bien, se acentuaban».

Consultados los vecinos más viejos, que por su experiencia hacen las veces de meteorólogos y astrónomos, contestaron: «Cada cien años, y en el transcurso de veinticuatro horas, llueven peces dos veces.»

Con esta preciosa noticia pusimos el mayor interés de cotejar los detalles del 13 y ver si coincidían con los del 14.

Miramos el reloj: ocho y cuarto de la mañana.

☆☆☆

Con un asombro que demudó nuestras caras comprobamos, a medida que el tiempo avanzaba, que las señales eran las mismas que precedieron a la lluvia anterior, con la única diferencia que a las tres y cuarto de la tarde no se oyó detonación, sino algo así como mil huracanes convertidos en potros desbocados, dejando oír a su paso por el cielo el siniestro silbido de sus crines. A continuación se desató la lluvia, única en el mundo, la maravillosa lluvia de peces.

Estábamos en presencia de un suceso extraordinario, visto una vez en la vida. Aunque la lluvia es periódica, solamente cada fin de siglo llueven peces dos veces consecutivas con un intervalo de doce horas.

El campesino que en El Pantano nos hablara de la «tercera parte de la cosecha» dijo verdad, lo mismo que los meteorólogos locales que a ojo de buen cubero acertaron. Con respeto y admiración les felicitamos. Su ciencia no estriba en cálculos nebulosos, sino en la experiencia que se ríe del recurso de las probabilidades.

Sobre la lluvia se han barajado miles de opiniones a cual más peregrinas.

Existe la creencia, bastante generalizada, que una tromba marina recoge del Atlántico todos los años la carga y en loca carrera viene el 13 de junio a descargarla a El Pantano, Yoro, a más de 200 kilómetros de distancia.

Otros afirman que la lluvia no es más que un «reventadero de sardinas» que viven bajo la tierra, en charcos, saliendo a la superficie con la fuerza del invierno. Esta hipótesis ha sido descartada por el hecho de que los peces que caen no son ciegos, como los criados en subterráneo.

El fenómeno hasta la fecha no ha sido aclarado en forma científica.

DOCUMENTACION OFICIAL

Como alguien puede dudar de la LLUVIA DE PECES, damos a conocer la siguiente documentación, tomada de los archivos nacionales hondureños:

Siendo el doctor Manuel López Ministro de Fomento, Obras Públicas y Agricultura, sometió a la consideración de los hombres mejor capacitados del país y a prominentes científicos del exterior un atinado cuestionario que en su oportunidad fué debidamente satisfecho.

Don Dionisio Romero, ciudadano inteligente y conocido ganadero de Yoro (Honduras), se expresó de la siguiente manera:

«1.° La tormenta de peces se verifica en el mes de junio de cada año, unas veces por la tarde y otras por la noche.

2.° Los peces caen al O. de esta población, como a 1.000 metros, aunque la caída del agua es casi por todo el valle. La tormenta es conocida porque hace mucho estruendo y viene precedida de truenos, y quizá es la tormenta de mayor abundancia de agua en la estación.

3.° Los peces caen en la llanura, cubierta de grama, en pleno valle, dentro de un corto circuito; y eso es precisamente lo que llama la atención de este fenómeno: que los peces caen en un solo lugar, aunque la tormenta alcanza casi un radio de dos leguas y que se verifica generalmente del 10 al 13 de junio.

4.° Esta población (Yoro) está a más de 40 leguas del mar, esto es, del Atlántico, y como a 75 del Pacífico; tiene una altura de 2.300 pies sobre el nivel del mar.

5.° Los peces que caen son de agua dulce, del tamaño hasta de seis pulgadas inglesas, de esos que llaman comúnmente lanchas, de muy buen gusto al comerlos, lo cual prueba que la tormenta de peces se levanta de los ríos.»

El doctor Bonansea, naturalista italiano, se expresó así: «Respecto a la lluvia de peces, la cosa es muy frecuente y no le noto nada de raro, sino su PERIODICIDAD metódica. Para explicar el fenómeno se necesitan estudios topográficos locales y observaciones meteorológicas de la región en donde sucede dicho fenómeno. Las lluvias de sangre y de azufre no son en general más que lluvias de polen de plantas, y son frecuentes las lluvias de aves, de langostas, de ranas y de peces. Lo raro y curioso del caso es ÚNICAMENTE la PERIODICIDAD CRONOLÓGICA, como he dicho. Mi aventurada opinión es la siguiente: los peces de que se trata son de agua dulce; ya queda excluido que en el fenómeno tenga influencia el mar. No hay peces en el lago cerca de la localidad ni ríos con peces. Preciso es estudiar esos peces y ver dónde viven: pueden llegar de lugares muy lejanos, hasta de allende la frontera.

El fenómeno obedece indudablemente a algún viento. Usted sabe que hay vientos regulares, vientos periódicos y vientos variables. Bien; algún viento periódico, una especie de monsoon o de simoun, es indudablemente la fuerza que lleva y transporta los peces que van a caer como lluvia en Yoro. El simoun es un viento que sopla en los desiertos de Asia y Africa, llega hasta Italia, en donde se le da el nombre de Scirocco (en Egipto se le llama khasmin), soplando periódicamente desde los últimos días de abril hasta los primeros de junio). Estos vientos, en colaboración con alguna tromba que levantan los peces, son los que originan el fenómeno. Para mí todo se reduce a esto: una tromba continental levanta los peces de algún río o lago, que bien pueden estar a distancias enormes de Yoro. Estas trombas están íntimamente relacionadas con un viento periódico que sopla en junio pasando por Yoro. Por la naturaleza geológica y topográfica del lugar, por ser el punto lugar de encuentro de dos temperaturas diferentes o de corrientes de vientos diferentes, estalla allí la tempestad, y, por efecto de leyes de centrifugación y de velocidad, los peces caen, obedeciendo quizá a leyes de gravedad, en forma de tromba, originando el fenómeno de caer en una sola localidad, o mejor dicho, en un punto limitado, a pesar de que la tempestad abarca una superficie de dos leguas de radio.

Para precisar el fenómeno es indispensable hacer estudios meteorológicos, topográficos, locales y a muchas leguas de distancia de Yoro, y es necesario determinar también la especie de peces, averiguando dónde sea su patria. De la coordinación de esas observaciones, pero solamente así, será posible aclarar el mecanismo del fenómeno; mas en sus líneas generales, tenga usted por seguro que obedece a la causa antes expresada.

(«Boletín de la Secretaría de Fomento, Obras Públicas y Agricultura de Tegucigalpa», páginas 384, 385 y 386, año 1914.)

Por no fatigar la conciencia de los lectores, nos limitamos a transcribir las pocas observaciones anteriores. Pero es interminable la documentación que nuestro colaborador señor Oquell o los organismos oficiales hondureños pueden ofrecer al hombre de ciencia o a la curiosidad mundial.